



Delegación Provincial de Mutualidades y Montepíos

HOJA INFORMATIVA

N.º 1

BADAJOS

Año I

por

Juan Murillo
Valdivia.

Inicio hoy esta Delegación Provincial de Mutualidades y Montepíos Laborales, la publicación de una «Hoja Informativa» intentando, con ello, servir al propósito de lograr un contacto más directo y permanente con sus afiliados, ofreciéndoles, de forma regular, un resumen de las actividades mutualistas, tanto en el ámbito nacional como provincial; comentando, en su caso, conceptos que exijan aclaración, y repitiendo otros hasta que se identifiquen con ellos y los hagan preocupados de su vida, sirviendo de cauce lo suficientemente amplio, para dar cabida en sí a toda fluencia de inquietudes y aspiraciones que alientan en los Montepíos Laborales. Buscando, en fin, avivar nuestras relaciones, vitalizar nuestros actos, crear y sostener un clima de preocupación y constante acción que nos permita vivir como conciencia y actuar como empresa, porque sólo podremos de veras contribuir con lealtad al espíritu revolucionario y ambición social de nuestros Montepíos, sintiendo, de una parte su necesidad, y de otra, su apremiante urgencia.

Y para obligarnos más en estos propósitos, iniciamos la vida de esta publicación el 18 de Julio y nutrimos su texto con el trascendental discurso del Ministro de Trabajo, José Antonio Girón, en la Asamblea de Mutualidades y Montepíos Laborales. El 18 de Julio, como fecha clave, cuyo XV aniversario debe recordárnosla con el mismo vigoroso contorno en que su cercanía nos lo presentó, como el más valioso y arriesgado esfuerzo de nuestra historia para rescatar el destino de España en trance de perecer. Bien se engañaron cuantos hubieran querido limitar aquel gran suceso a un fenómeno de tan corta perspectiva como vencer violentamente la amenaza marxista y asegurar, por lo demás, la supervivencia de aquella vida nacional mezquina, falta de aprestos ambiciosos, en que se pactaba con todos los errores y traiciones.

¡Menguado empeño hubiera sido, ofrecer como desenlace a aquella generosidad de sangre y sacrificios heroicos que fecundaron tres años de lucha victoriosa, la vuelta al estado anterior de cosas! Pero no fué así. La voz capitana de Francisco Franco no podía convocar al pueblo español, para la tarea estrecha y parcial de vencer por la fuerza, una revolución organizada criminalmente por el odio y el rencor que producía en las masas, injusticias notorias. Franco requirió al pueblo español para iniciar nuestra Revolución falangista a la vez, Nacional y Social, esto es, Nacional-Sindicalista. Para elevar el impulso colectivo, hasta devolver a España su rango de potencia en el mundo y crear, mediante una revolución profunda, nuevas y mejores condiciones de vida para la comunidad de españoles, apurando en todas sus consecuencias los postulados de Patria, Pan y Justicia, llevando la realidad de una vida mejor a los últimos rincones de la Patria, allí donde se sienta el latido de un corazón español.

De como se ha cumplido uno y otro designio, ninguna fecha más caracterizada que esta para recordarlo.

De entonces acá, en marcha permanente, sin desfallecimientos, el destino de España ha conquistado muchas etapas y cubierto distancias insospechadas, y así, este aniversario, nos llega robustecido con las pruebas más definitivas de que nuestra Patria, en las circunstancias más adversas, en horas de mayor tormento universal, se ha manifestado políticamente capacitada para superar los mayores riesgos y ofrecer al mundo, el más alto ejemplo de dignidad y soberanía Nacional.

Y en el orden social, el pensamiento del Caudillo, ardorosa e inteligentemente interpretado por José Antonio Girón, ha producido, en infatigables decisiones ejecutivas, las más espléndidas realidades. Beneficios de toda índole, de los que acaso no tengan completa idea la gran masa de españoles, han ido implantándose en España, sin ruidos inútiles ni precipitaciones peligrosas, pero con una eficacia y una firmeza inexorables, demostrativas de un plan sistemático de acción revolucionaria y creadora que ha hecho carne de realidad, postulados que se tenían por utopías irrealizables o motivos de comentarios especulativos.

Protección a las familias numerosas, Reglamentaciones de trabajo, Seguros de Enfermedad,

Jurados de Empresa, Magistratura de Trabajo, y tantos otros hechos concretos que son como capítulos enteros de la más ambiciosa empresa de legislación, conocida en nuestra Patria, realidades vivas y fecundas, ante las que se estrellan todos los egoísmos, las incomprensiones y los excepticismos.

Y ahí están los Montepíos Laborales, la más joven y floreciente creación del Régimen que, súbitamente, se manifiesta como el más formidable instrumento de poderío y dotación económica con que pudo soñar el mundo del trabajo. Pero nuestra Revolución Social, angustiada de humanismo, no limita su acción a mejoras materiales. Los Montepíos Laborales con sus prestaciones, Jubilación, Viudedad, Orfandad, Natalidad, Nupcialidad, Defunción, etc., redime, sí, a la familia trabajadora de la miseria y del desamparo en que una sociedad injusta la tenía sumida; forzándola a ofrecer el rencor de su desesperado abandono como instrumento que explotaban sus agitadores políticos. Pero representan también el primer paso decisivo para su participación directa y efectiva en el poder, ya que aspira a una mejora total del hombre, redimiéndole de su ignorancia, elevándole en su capacitación, para que pueda percibir los bienes superiores de la cultura, dando así satisfacción a un derecho que es consustancial al ser humano, el derecho a saber y disfrutar de los bienes de la civilización.

En el discurso que insertamos, tan valioso de contenido, tan sugerente en ilusiones de nuevas perspectivas, el Ministro de Trabajo José Antonio Girón, penetrando con entrañable y vivaz conocimiento en una interpretación cristiana, espiritualista de la política social, inviste a los trabajadores del más alto rango nobiliario, atribuyéndoles las excelencias y noblezas que una sociedad materialista le regateaba, demostrando por otra parte que nuestra Revolución Social, no se agota en su contenido, sino que, por el contrario, es una tarea con exigencias constantes e inagotables, cuyos objetivos, renovados cada día, son perseguidos implacablemente. Y si lo ya realizado acredita sobradamente un tesón, una inteligencia y una voluntad que no admite el cansancio, lo anunciado, que aún queda por realizar, Institutos, Universidades Laborales, etc., debe estimularnos el ardor y la fé irrevocable de que José Antonio Girón, a las órdenes del Caudillo, es adelantado y nuestro mejor ejemplo.

Discurso del Ministro de Trabajo en la Asamblea de Montepíos y Mutualidades

Los productores tienen el deber inexcusable de capacitarse. Han de hacerlo para alcanzar los bienes que una sociedad esclavista les había vedado.

"Alcemos la frente hacia esta empresa colosal que asegurará para vosotros y para vuestra prole todos los derechos de cualquier hombre y todos los deberes de cualquier gobernante."

Camaradas asambleístas, Presidentes de Juntas Rectoras y Directores de los Montepíos Laborales de España: En nombre del Caudillo, Jefe de la Revolución Nacional Española, os saludo y os doy la bienvenida.

Sois la representación más calificada de los trabajadores españoles. Y al emplear la palabra trabajador la extiende en toda su grandeza, como un título de honor, sobre todos cuantos participáis en los ciclos de la producción, y de un modo o de otro, desde el laboratorio, el estudio o la oficina, o desde el taller, el tajo o la mina, contribuis con vuestro esfuerzo al bienestar de vuestros compatriotas y a la grandeza de la Patria española. Al emplear la palabra trabajador no quiero hacer distinciones, porque no sería justo y porque voy a tratar ante vosotros de un tema

que sólo los trabajadores son capaces de comprender y que sólo los zánganos, los ociosos o los perversos serían capaces de tachar de locura.

Pero antes de entrar en la cuestión que me ha movido a rogaros que coincidiérais todos en Madrid en este día, quiero hacer un recuento muy breve de nuestra actividad. Y, ante todo, quiero deciros, queridos camaradas, que estamos no solamente satisfechos, sino orgullosos de vosotros. Al frente de la gestión de vuestros Montepíos, desde las Asambleas Nacionales, desde las Juntas Rectoras, desde las Comisiones Provinciales, habéis dado una prueba de capacitación y de rigor moral que puede servir de ejemplo. Habéis demostrado a la sociedad española que no es una locura pensar que un día, cada vez más cercano, podéis participar con la plenitud de vuestra ro-

busta personalidad en la dirección de las Empresas, ya que en esta empresa, a veces de técnica tan delicada como la más delicada en el orden capitalista y que mueve masas de dinero como jamás se han juntado en manos de las finanzas privadas, habéis dado muestras de una capacidad rectora, de una prudencia y de una discreción verdaderamente sorprendente. Hasta el punto de que poco a poco el Servicio Nacional de Montepíos y Mutualidades cada vez va aflojando el intervencionismo y cada vez va dejando en mayor libertad y en mayor soltura a la iniciativa de cada organismo de previsión laboral.

Los Montepíos se han impuesto de un modo rotundo y clamoroso.

En muy poco tiempo, y contra la corriente que se opuso en un principio a nuestra marcha y hasta contra la maldad con que se trató de apartaros de los Montepíos, éstos han acabado por imponerse de una manera rotunda, de una manera clamorosa, como la institución que no vacilo en calificar, a pesar de ser la más joven, como la más popular, la más querida de todas las instituciones sociales del régimen.

Se ha demostrado que los cálculos sobre los que se habían montado técnicamente los Montepíos eran cálculos ciertos, y se ha demostrado que se podían ensanchar sin temor los límites matemáticos que oprimían con un cinturón de hierro a las Entidades de previsión anteriores a nosotros, calculadas siempre sobre bases financieras muy firmes, es cierto, pero a veces tan brutalmente firmes que acaban por abrumar a la idea social y la sepultan bajo pesadas pirámides de dinero estático, de atesoramientos macizos, de inmuebles suntuosos, verdaderas sepulturas doradas de aquel sentimiento humano de ayuda mutua y de previsión verdaderamente social que las inspiró.

Previsión y patriotismo de las inversiones

Muchas veces, ante esas moles en cuyos frontispicios campean las alegorías de la previsión, enmarcadas con mármoles negros con un cierto aire funerario, adornadas con bronce y con cristales, hemos pensado que nos hallábamos ante mausoleos de algo, acaso de una ilusión que se desvanece en cada generación de hombres bien intencionados y que se esfuma por el foro de ese suntuoso teatro que el dinero levanta para satisfacer su vanidad. Y hemos pensado que la criatura humana que necesita unos libros para saciar su sed de saber y de incorporarse al mando, se preguntará para qué hace falta todo ese aparato

que puede consumir un incendio, o derrumbar un terremoto, o desvalorizar una crisis. Muchas veces he pensado, aun contrariando mi propósito de no intervenir en la marcha de los Montepíos, que os compete a vosotros, en avisaros del riesgo de pasar, en este afán inmobiliario que caracteriza los tiempos presentes, de aquellas necesidades que se contraen al puro y simple domicilio social. Muchas veces se me ha pasado por la cabeza la idea de avisaros de los peligros de caer en el vicio que censuramos en los demás. Pero me he detenido siempre, porque hasta ahora, debo declararlo, vosotros, en este aspecto de las inversiones, habéis sido prudentes y patriotas y no advierto síntomas de que dejéis de serlo.

Nuestros enemigos, dispuestos siempre a encontrar en nosotros defectos que en los demás les parecen virtudes y hasta son motivos de respeto, suelen decir que los Montepíos contribuyen a la inmovilización del dinero creando grandes reservas estáticas. Dichas las cosas así, con este simplismo tan fácil, parece como si los Montepíos tuvieran una enorme cueva donde se atesoraran las talegas de oro de las reservas; como si nosotros fuéramos unos dragones que durmiéramos a la puerta de una caverna encantada llena

Los alegatos que se nos hacen son una infamia y una tontería.

Esto no es solamente una infamia, sino que es una tontería. Las Mutualidades y Montepíos-Laborales son precisamente un modelo de contribución al desarrollo de la riqueza española, y su dinero es un dinero dinámico que circula por los canales financieros que nutren y riegan todas las actividades económicas del país. Vuestras reservas están forzosamente constituidas por unos valores que todos ellos son valores en movimiento económico y que de una manera o de otra cubren un objetivo social: ferrocarriles del Estado, obras de interés nacional, obras de puertos y de colonización y otras semejantes. Vamos a ver cómo la parte no afectada con este carácter obligatorio puede discurrir por un canal nuevo, un canal inesperado, un canal iluminado por una ilusión recién nacida capaz por sí sola, si se desarrolla y fructifica, de realizar la más increíble y rápida revolución en nuestra sociedad. Para hablaros de esto os he convocado aquí y os he pedido que os molestéis en coincidir todos en este acto.

Un camino para que los trabajadores marchen hacia metas nunca soñadas.

Antes de plantearos a vosotros la cuestión, antes de abrir ante vuestros ojos un futuro de

ilusiones y de conquistas, una ancha vía por donde los trabajadores españoles marchen hacia metas jamás planteadas, quise presentar el problema ante un público constituido por la clase directora del país, un público de profesores y de capitalistas, de burgueses y de intelectuales a los que me interesaba someter a reacción ante una idea que, bloqueada por ellos, podría perecer o podría convertirse en una idea violenta que sólo por la violencia podría imponerse. Y como la Patria española necesita consumir la revolución hasta sus últimas consecuencias, porque así lo exige el mandato de los que murieron y la voluntad de Franco, pero no admite, en el estado en que está el mundo, una violencia ni una subversión, ni nosotros seríamos capaces de desencadenarla, interesaba mucho saber que la idea que voy a someteros y que entonces sometí a la clase dirigente era viable o caía dentro del reino de la utopía. Os adelanto que aquellas clases, con una comprensión sorprendente, aplaudieron la idea, que no es mía, sino que es de Franco, y en algunos momentos la aclamaron con verdadero entusiasmo.

Entre aquellos hombres dedicados al estudio, cultivados, acostumbrados a examinar con escrupulosidad los matices más insignificantes, esta idea encontró la mejor voluntad para la comprensión del hecho revolucionario y para la paz social que queremos establecer por todos los medios a nuestro alcance.

La revolución necesaria ha de tener una meta cristiana.

La tesis expuesta fué la siguiente: si se reconoce desde las posiciones ideológicas más distantes la necesidad de una revolución social, hay que reconocer dos actitudes extremas frente a ella; la actitud cristiana, que prevé un camino a cuyo final se encuentra el ángel, y la actitud camunista, a cuyo final se encuentra el hombre desalmado y mecánico. Entre ambas actitudes ha quedado aplastada la concepción liberal del siglo XIX, que solamente ha servido para desembocar en el comunismo, sin haber dejado tras de sí ninguna solución útil ni justa.

La clase dominante se aferra al disfrute del Poder y le niega el acceso a la clase dominada. Esta, en convulsiones periódicas, se subleva y asalta, más que el Poder mismo, sus sistemas, sus instrumentos, que no sabe manejar, que deforma o destruye, para acabar siendo víctima de una minoría audaz, que la esclaviza de nuevo. El acceso ocasional de las masas desenfrenadas al Poder, suele terminar en el estrago y el arrasamiento por falta de capacidad, por falta de preparación. Incluso los instrumentos más clásicos del poderío—el di-

nero, por ejemplo—acaban por tornarse en manos de la masa impreparada en instrumentos para su propia esclavitud.

La sociedad está montada sobre un sistema celular que aísla unos grupos humanos de otros grupos que sólo se comunican entre sí cuando los diques que los separan son derribados por una subversión. Son grupos que hablan distinto lenguaje moral, que se ignoran y que ignoran los problemas del otro totalmente. Esto constituye un obstáculo para el entendimiento y esto convierte el diálogo de las clases sociales en dos monólogos sin vínculo alguno. De esta confusión periódicamente salen la subversión y el arrasamiento. Para que se establezca una paz es necesariamente previo el diálogo posible entre los contendientes. Por tanto, uno de los contendientes tiene que tomar la iniciativa de acercarse al otro. Y esto, para el caso de una paz social, corresponde hacerlo al grupo más fuerte, igual que el acercamiento de un enfermo a un sano corresponde al sano. Este problema de la proximidad es un problema de «proximidad»; en suma, se trata de poner en práctica la máxima evangélica «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Para esto es necesario que el prójimo sea verdaderamente el próximo. Sólo después de acercarse unos grupos a otros puede surgir el diálogo. Este acercamiento no se puede fiar a la iniciativa individual si se quiere que sea fecundo. Tiene que ser realizado dentro de un sistema político que, basado sobre la doctrina cristiana, encuentre el instrumento necesario para asegurar humanamente la perennidad de una labor social. La iniciativa privada sólo puede dar por resultado casos de santidad que puedan constituir un ejemplo, pero no un sistema.

Sólo un bien puede servir de base a la justicia social: la Cultura.

El sistema político que tienda a la aproximación entre los grupos humanos en pugna tiene que ofrecer a los protagonistas del drama humano un bien común de superior jerarquía, no sometido a crisis ni escaseces, y cuya posesión no engendre la lucha a muerte. Hay que arbitrar una fuerza—aparte de la fuerza de la fe común—que nos permita cruzar el valle de lágrimas sin devorarnos unos a otros. Sólo una fuerza, sólo un bien, a mi juicio, puede ofrecerse a la comunidad humana para servir de base a una justicia social. Esa fuerza es la cultura entendida como el aire: de patrimonio universal. La diferencia de cultura entre las clases ha malogrado las mejores intenciones. En cuanto la cultura dejó de ser un patrimonio universal tal como lo quiso la Iglesia en la Edad Me-

dia y se convirtió en una mercancía internacional para una sola clase, se rompió toda posibilidad de entendimiento. La repugnancia al trato entre seres de distinta cultura sólo la han vencido la santidad y el heroísmo, como acontece en Santa Isabel de Hungría o en el venerable Miguel de Mañara, el caballero sevillano. Ambos tuvieron que vencer, más que el miedo al contagio, la repugnancia a convivir con seres de inferior cultura. Por lo común, esa repugnancia es invencible y ha malogrado muchas buenas intenciones. Sólo cuando por un esfuerzo individual el genio se escapa de su clase social por el camino de la cultura, penetra en la zona de influencia social y las demás clases le abren las puertas, le entregan sus hijas y conviven con él sin el menor prejuicio clasista. Y es que más que una lucha de clases lo que existe es una lucha de culturas. La clase dominante admite mejor el advenimiento de un hombre individual de la clase dominada por la vía de la cultura que el de un individuo por la vía económica. Entre el sabio de origen humilde y el nuevo rico inculto, la clase dominante no vacila: acepta al primero, incorporándosele sin la menor repugnancia.

La soldadura de las clases ha de hacerse mediante una pasión que no decaiga.

Solamente una nivelación de los altibajos de la cultura entre los hombres puede abrir un camino hacia la paz social. Un intento semejante realizó la Edad Media, intento que fracasó al presentarse a los ojos de una sociedad no bastante evolucionada el hecho de que el mundo se duplicaba con los descubrimientos. Un agudizamiento del espíritu de aventura engendró una crisis tremenda de individualismo, una dispersión de la cultura. Las zonas ciegas de la geografía, al ofrecer su virginidad a los hombres, rompieron los diques de la sistemática medieval. Y aquella casi perfecta hermandad de las escuelas de San Leandro y San Isidoro en Sevilla pasó a ser un sueño.

Hay que restablecer la universalidad de la cultura. No se quiere decir con esto que todos los hombres deben de ser unos intelectuales, sino que sean producto de la cultura de su tiempo, es decir, que estén cultivados. Se trata de obtener en los hombres el grado de evolución y de afinamiento que corresponde a su época y que les permita apreciar y disfrutar los bienes que la civilización va acumulando y que la sociedad va poniendo a su alcance.

Pero, ¡cuidado! Porque el proceso de acercamiento de los grupos humanos por medio de la común cultura puede ser engañoso y provisional cuando se confunda cultura con ilustración. Un

contacto superficial podrá acarrear males tremendos y sorpresas catastróficas que hagan nacer nuevamente la guerra entre las clases. La soldadura por medio de la cultura ha de realizarse por eso dentro de una política con una pasión que no decaiga y a lo largo de más de una generación, por supuesto; y hay que estar prevenidos contra las fáciles alegrías de un éxito de laboratorio y contra fracasos descorazonadores. El camino es largo, espinoso y muchas veces desalentador. Pero al final está el hombre nuevo en la sociedad nueva.

Abrir a los hombres todas las posibilidades.

Creemos que para encontrarnos en ese camino hay que dar un paso hacia adelante y dotar al trabajador de cultura humanística sin detrimento de su naturaleza operaria y de su perfección técnica. Para aclarar bien lo que entendemos por humanismo conviene decir que humanismo, desde nuestro propio punto de vista, es aquel conjunto de conocimientos, de apetencias, de aficiones y de preocupaciones comunes a una época de la Humanidad y que, por regla general, hasta ahora, y salvo en los períodos cumbres de la Historia, sólo se dan junto en la clase dirigente y no en la masa. Nosotros queremos, para la posible perfección del hombre, que los conocimientos, las apetencias, las aficiones y las preocupaciones y los goces comunes a nuestro tiempo pasen a la masa operaria para levantarla, dignificarla y ofrecerle un paso digno por la vida a la vez que se les abren a los individuos todas las posibilidades.

Hubo un instante en la Historia del mundo en que un grupo de hombres, el que más bachiller en Salamanca, o Alcalá, o Sevilla, y el que menos habiendo cruzado, aunque a paso de carga por la gramática de Nebrija y por los latines de un «dómine», consumaron aquella fabulosa obra de sacar de la sombra hacia la luz un mundo mayor que el mundo entonces conocido. Quizá esto fué posible porque España no había abandonado aún del todo a la Edad Media y lanzaba al Nuevo Mundo unos seres igualados por la cultura hasta un nivel bastante considerable. Entonces, todavía el más tosco gaviero de una nao y el más bronco soldado de una compañía, sentían gravitar sobre sí la influencia de una cultura. Si queremos establecer una paz social sobre la base duradera de la justicia, será necesario dilatar los límites de la participación del pueblo en la cultura de la época e incorporarle a ella desde cualquier lugar en que se halle: el taller, la mina, el agro, la nave. En suma, será necesario dotarle del humanismo de su tiempo.

Franco ha intuido claramente la primera realización práctica.

La obra, como queda dicho, no es ni de una persona ni de una generación, sino de una época, y tiene que penetrar fuerte, impregnar hasta las últimas capas de la generación iniciadora y ser transmitida a la mentalidad futura como un mensaje de la Historia.

Franco ha intuido claramente, clarividentemente, la primera realización práctica de estos principios con su original y personalísima idea de los Institutos de Enseñanza Media Laboral, de los que partirán como exploradores los primeros grupos laborales en la marcha hacia la cultura y, por ella, hacia el Poder legítimamente adquirido.

Pero los Institutos de Enseñanza Media Laboral no pasarán de ser una de tantas primeras piedras sin coronamiento si no van funcionados en una idea política nacional. Todos tenemos que estar convencidos de que solamente cuando todos los hombres sean llamados por igual a participar en los bienes de la cultura, y a amarla con igual licitud, y a conservarla y a acrecentarla con igual orgullo, se habrán echado los cimientos de la paz social. No se pretende, al ofrecer al pueblo una nueva meta, el crear una inquietud nueva en las masas ni el enseñarles una carencia más para engendrar en ellas un nuevo motivo de rencor. Por el contrario, se les abre una grieta de luz en la caverna en cuya obscuridad se engendran los rencores y las desesperaciones alimentadas por la ignorancia.

Hasta aquí la tesis expuesta en Sevilla. Debo repetir que fué aceptada y aplaudida, y esto quiere decir que si una clase, a veces impermeable a cuantas ideas pueden redundar en beneficio de la masa operaria, la aceptó sin reservas, hay que suponer que la propia clase interesada no la ha de rechazar.

Es hora de destruir el estúpido lugar común de que al trabajador sólo se le puede hablar de cosas toscas.

Camaradas: a vosotros me dirijo ahora. Y me dirijo en el lenguaje elevado que vosotros merecéis, en este lenguaje levantado que resuena en vuestros oídos mejor que ningún otro; porque ya va siendo hora de destruir el estúpido lugar común de vuestros enemigos, que sostienen que al trabajador sólo se le puede hablar en un lenguaje primitivo y tosco de cosas toscas y primitivas. Quienes sostienen esto o quienes lo practican os ofenden gravemente, os humillan y, de paso, procuran manteneros con la droga oral del primitivismo alejados de aquello que apetecéis lícitamente,

de aquello que buscáis muchas veces sin saberlo, de aquello que se os mantiene siempre a distancia para que no caigáis en la tentación de alargar la mano; del Poder, de la influencia, del goce de los bienes de la civilización.

Quienes sostienen que sólo amáis el lenguaje tabernario, que sólo entendéis la jerga del tajo o de la mina, no hacen más que cavar el foso tras del cual se extiende la fortaleza del mundo. Y ese foso, cuanto más se cava más difícil es de saltar y más hombres arriesgados y valientes parecen al intentar salvarlo sin puente levadizo, por el puro esfuerzo del genio. Mientras que los privilegiados disfrutan de los goces de la civilización que han creado para sí mismos, la masa obrera continúa su tarea agobiadora al compás de cantos de esclavitud, oyendo solemnemente palabras de pesadumbre, lanzando desde el fondo de su desgracia alaridos de desesperación, amenazas de exterminio. Así pasan los siglos; mientras en los alcázares del Poder una clase privilegiada disfruta de goces no solamente materiales, sino espirituales de mayor jerarquía, fuera, una clase esclavizada va decantando desesperanza tras desesperanza, rencor tras rencor, y embalsándolas hasta el límite ese en que se rompen los diques y queda arrollado, destruido, arrasado todo aquello que la mente humana ha ido elaborando de hermoso y de útil, pero que solamente una minoría ha disfrutado. Y en esta trágica alternativa de creación y de destrucción va transcurriendo la historia de ese gran desconocido que es el hombre, porque el hombre jamás se ha decidido a conocerse a sí mismo a través de la única verdad, que es la verdad de Cristo.

Sois hijos de un país viejo que en muchas ocasiones ha dictado su mensaje a la Historia.

Empleamos con vosotros, camaradas de las Asambleas nacionales, el lenguaje que os gusta, y a través de estas palabras procurad estar siempre a la altura de vuestra ambición legítima de perfección. Sois hijos de un país viejo y culto que ha dictado en muchas ocasiones su mensaje al mundo. No sois hijos de la estepa sin historia, sino hijos del solar más glorioso del Universo. A vosotros no se os puede hablar como se habla a uno de esos seres vacíos y miserables que yerran por las llanuras sin fin dispuestos a aceptar cualquier esclavitud. A vosotros hay que hablaros como a sucesores que sois de aquellos artesanos españoles que asombraron al mundo no solamente con la destreza de sus manos y con la perfección de su obra y con el rigor de su honradez laboral, sino también con la figura de su mente, con el cultivo de su inteligencia, que les hizo comprender la profundidad simbólica de los autos sacra-

mentales en que se encerraban abstrusas verdades teológicas. Solamente una sociedad egoísta que se dedica a desecar el torrente de sabiduría popular y de preparación humanística de las masas, pudo acabar con aquel tesoro, que bien canalizado y continuado hubiera evitado la decadencia española en los dos últimos siglos. Dispensad, camaradas, si mis palabras no llegan a alcanzar la altura que merecís y que merece la ambiciosa idea que he venido a exponeros como fórmula para vuestro rescate total y como fórmula para la paz social y la justicia posible dentro de nuestra humana imperfección.

No vengo a hacer demagogia.

Os hablo sin latiguillos y no busco vuestro aplauso. Me dirijo a vuestra inteligencia y no a vuestra impresionabilidad. Quiero que cuando nos separemos quedéis pensando en lo que digo. El latiguillo de los oradores es un instrumento de azote inventado por los agitadores para levantar los espíritus anestesiados por el hambre o por la mariguana de las doctrinas enervadoras. No vengo a hacer demagogia, porque eso es indigno. Lo que está mal ya sabéis vosotros que está mal y os explicáis o no os explicáis la causa de que esté mal; pero lo que yo vengo a deciros es lo que puede estar bien, porque los males presentes, en la medida en que dependan de nuestra voluntad o de nuestras posibilidades, ya se corregirán. Y en último término, mejor se corrigen señalándoos meta para el futuro que cerrándoos los horizontes con declaraciones tremebundas, desesperaciones y pesimismo. Y no puede un hombre lícitamente modificar sus ilusiones porque el pan o la carne estén caros o escasos. Porque más caros y más escasos estarán si no levantamos para nuestra ambición de mando la escala que nos conduzca a las alturas, donde los males se pueden corregir con buena voluntad. (Aplausos.)

Ha terminado la época de la demagogia, camaradas. Ya sé que se dirá de mí, precisamente por deciros esto, que soy un demagogo. Pero de estas y otras paradojas está empedrada la ruta de nuestra tarea. Son los demagogos reales, los que desde la acera de la izquierda o desde la acera de la derecha os hacen visajes impúdicos, llamamientos obscenos y cínicos de una desvergüenza repelente, los que nos llamarán demagogos a nosotros que aspiramos a dirigirnos, como os digo, a vuestra inteligencia y no a vuestros instintos. Cuidado con unos y con otros, camaradas: ambos gustan del lenguaje brutal, que creen que os halaga, y sólo se dirigen a vuestros instintos para espolearlos y lanzarlos sobre la sociedad como potros indómitos a los que en último lugar se apalea y se somete a domesticidad. (Aplausos.)

Ellos se dirigen a vuestros instintos porque saben que por el camino de la inteligencia se llega al Poder y por el camino de los instintos se alza el Poder, pero se desemboca en la esclavitud después de la catástrofe. Y de esa esclavitud, camaradas, viven ellos, igual que los buitres, a quien tanto se parecen; viven de la muerte. (Aplausos.)

Elevación económica del trabajador.

Una de las cosas que se dicen de nosotros es que nunca os hablamos de vuestros deberes y que solamente os hablamos de vuestros derechos. Esto es a la vez una infamia y una tontería; pero, sobre todo, una infamia. Pues ¿qué se pretendía? ¿Se pretendía que os habláramos de vuestros deberes antes de otorgaros el mínimo derecho a la existencia? ¿Se pretendía que os enseñáramos un código de deberes sin haberos dado los derechos más elementales?

Si nosotros os hemos hablado de vuestros derechos ha sido, primeramente, por servir a una justicia urgente e inaplazable. Pero además lo hemos hecho para poder exigirlos, en nombre de la Patria, vuestros deberes. Y hubiera sido inútil pedirlos su cumplimiento si no os dábamos armamento para ello, si no os elevábamos de plano de observación para que desde esa elevación contempléis la sociedad de vuestro tiempo y, por lo tanto, los deberes que tenéis para esa sociedad. Hasta en las batallas materiales una altura es un elemento codiciado y de mayores posibilidades a quienes la poseen. Elevar vuestra altura económica era un paso previo para que desde ella pudierais tener la perspectiva verdadera de vuestros deberes.

El obrero tiene que ser fuerte como individuo y como grupo.

Constituía para la Revolución Nacional una etapa previa e inexcusable la de elevar la altura económica de las clases trabajadoras. Y no sólo en el aspecto individual, entendiendo por individuo la familia entera del trabajador, sino en el aspecto colectivo, reflejado en vuestras instituciones laborales. El obrero tenía que ser fuerte como individuo y como grupo. Una necesidad táctica imponía esta medida, porque os repito que solamente desde la altura, en la paz como en la guerra, se dominan las situaciones y se pueden tomar las iniciativas.

Pero así como en la guerra material de las armas una altura pierde casi todo su valor cuando un accidente climatológico la modifica, es decir, cuando la envuelve la niebla, o cuando la bate la lluvia, o cuando la cerca la nieve, así una elevación económica pierde mucho de su eficacia política

cuando la envuelve una contingencia debida a una modificación del clima económico circundante. Este ha sido nuestro caso. Contingencias del clima económico enloquecido en que se debate el mundo han neutralizado en cierto modo el valor de las posiciones alcanzadas. Pero yo os aseguro, camaradas, que si estamos apretados en torno al Jefe de la Revolución con disciplina y sin desánimo, con fe en nuestra fuerza y seguridad en nuestro futuro, nos sobran arrestos para disipar la niebla y para volver a ver en un plazo breve ante nosotros el esplendoroso panorama en cuyo fondo está la victoria.

Una alegre precipitación podría llevarnos a la catástrofe.

Ahora como antes avanzaremos con precipitaciones y con seguridad, sin haberlos, pero sin pausas. Esto es esencial para que no nos sea arrebatada la victoria apenas conseguida. Porque me estoy dirigiendo a los trabajadores mejor preparados de España empleo este lenguaje. Si no fuerais vosotros los que me escucháis, podría parecer un sarcasmo el decir que hay que ir con calma por el camino de la elevación económica del trabajador. Cuando en vuestros hogares aumentan de día en día, con un ritmo sistemático, las dificultades, sólo contando con vuestra inteligencia, con vuestra experiencia y con vuestra preparación política se puede hablar así. Para otros trabajadores menos preparados que vosotros, aludir a la calma cuando el hogar está frío, y la despena exhausta, y el futuro incierto podría parecer un latigazo en el rostro. (Aplausos.) Pero vosotros, camaradas, sabéis que una alegre precipitación, dado el terreno movedizo económicamente sobre el que los pueblos se mueven hoy, podría constituir un salto en el vacío y, en definitiva, la catástrofe irremediable para al hogar del trabajador en un plazo muy breve. Marcharemos, pues, con enérgica prudencia, sin perder oportunidades y sin caer en trampas.

Vosotros recordáis mejor que nadie cómo se creó en España hace poco más de un año un ambiente, que llegó a ser nacional, contra el intervencionismo en materia de abastecimientos. El país entero, aceptando en su incomodidad cualquier idea de cambio, lo cual es una actitud muy humana, pero no siempre es una actitud inteligente, no tuvo inconveniente en aceptar la teoría de que el remedio a todos los males estaba en la libertad de comercio de los artículos intervenidos. Vosotros sabéis, porque habéis sido las primeras víctimas de este espejismo, cuáles han sido para vuestra economía sus consecuencias.

Permitidme que me extienda un poco en estas consideraciones, que aunque no caen de lleno en el tema de estas palabras, no dejan de matizarle, ya que en el mundo de lo económico no hay factor que deje de influir sobre el sistema general y, por tanto, sobre cualquier otro factor por alejado que parezca. Y esto ocurre con más agudeza cuando el organismo económico funciona en los límites máximos de su mecanismo.

Ningún principio económico es bueno o malo sino en relación con el momento en que se aplica.

En materia económica y en circunstancias tan anormales como la presente no existen principios buenos ni principios malos en sí mismos. Por esta razón, el Gobierno estaba dispuesto a adoptar, un poco eventualmente, cualquiera de los principios clásicos: el intervencionismo o la libertad. Ninguno es bueno ni es malo en absoluto sino en relación con el momento en que se aplica y en función precisamente de un factor moral que reside en los individuos que han de intervenir en la aplicación práctica del sistema.

La escasez, y más cuando la escasez toca el fondo de la carencia, como ha ocurrido en España a lo largo de estos años, hace que cualquier tratamiento sea bueno con tal de que sea honrado. Después de una larga temporada de intervencionismo, la distancia entre los precios oficiales y los del mercado negro, aunque iba acortándose, se conservaba todavía bastante visible. Lo único que no podía hacer el Gobierno era eliminar a todos los españoles que traficaban con su propia hambre y cedían a los demás sus alimentos o sus reservas a precios elevados por no privarse de otros bienes, por no acostumbrarse a un régimen de austeridad en la vida, por no darse cuenta de que estamos atravesando una crisis universal. A estos españoles poco prudentes se unían los especuladores sin conciencia, ávidos de placeres y de lujo, cínicos devoradores del esqueleto económico de su Patria. Y entre unos y otros, explotando la natural incomodidad de una época difícil, fueron abriendo paso al lugar común de la libertad de precios y de mercados, levantando en el horizonte de los españoles un mundo de esperanzas. Y éstas se hicieron tan claras, tan patentes para todo el mundo, que el Gobierno, considerando que la libertad de precios y de mercados es buena o mala en épocas de escasez, según sea la moral de las manos que la manejan, y considerando que la voz del pueblo y la de los comerciantes clamando por la libertad, significaba la existencia de una moral sólida y de un leal deseo de poner de manifiesto las cualidades de madurez y de pre-

paración y de una sociedad que se resistía a ser férreamente dirigida y que exigía el ejercicio de unas dotes de dirección propia; el Gobierno, repito, respetuoso con el pueblo, atento siempre con una sensibilidad exquisita a satisfacer sus deseos legítimos, dió paso a una fórmula que en sí misma no repugnaba en buena teoría económica y que tenía la ventaja de producir un alivio psicológico que podía actuar incluso como un estimulante, como un excitante a la colaboración. Se tuvieron en cuenta estas consideraciones que España entera esgrime y se abrió la primera llave al régimen de mercado libre entre los aplausos de la opinión pública.

Ni un solo momento ha dejado el Gobierno de estar atento al movimiento de precios.

El Gobierno, camaradas, había examinado el panorama, imaginaos cómo. Resulta un poco ingenuo, aunque ocurra tan amenudo, el que mucha gente crea que el Gobierno está fuera de la realidad, que no llegan a él los problemas de los ciudadanos. No, camaradas. El Gobierno, aunque estuviera constituido por seres metidos en una escafandra y pertenecientes a un mundo económico sin relación alguna con la realidad, necesitaba ser sordo y tonto para no percibirla al cabo de los años en toda su agudeza y con toda la angustia necesaria para constituir una obsesión. Ni un solo momento el Gobierno ha dejado de estar atento al movimiento de precios.

La codicia de los logreros ha rebasado todos los límites imaginables.

Pero el Gobierno, como la opinión, aunque con menos convencimiento que ésta, no creyó que la codicia de los logreros iba a traspasar los límites de lo imaginable. Parecía que los precios nunca iban a sobrepasar ni siquiera acercarse a los del mercado negro. Por los candidatos a administrar la libertad y aun por los supuestos beneficiarios, es decir, por el pueblo, se repetía como un axioma «que abierta la esclusa de la libertad se iba a encontrar una media estable y tolerable entre los precios de tasa y los precios del mercado negro; además habrá abundancia y la vigilancia será más fácil, porque al desaparecer el riesgo y hasta la repugnancia a ejercer un trato ilícito se abrirán las puertas de la ocultación y todo el tesoro alimenticio quedará a la vista». Estas consideraciones son teóricamente impecables y no había razón para rechazarlas.

Estos razonamientos los habéis oído todos, y todos los habéis encontrado claros como el agua,

porque además en teoría, y sin contar con la perfidia y la codicia, son efectivamente argumentos de una diáfana absoluta. El Gobierno, aunque más cauto que el pueblo y más descreído, como es su obligación, no podía seguir agravando con sus dudas a unas clases que, con el asenso unánime del país, se ofrecían como salvadores de la situación. Por otra parte, el Gobierno consideraba que, aunque necesario bajo determinadas circunstancias el régimen intervencionista, de universal empleo en estos momentos en casi todo el mundo, es un régimen excepcional y tiene un límite que los gobiernos tratan que sea corto. Este límite está determinado por la cantidad que hay que repartir. Cuando esa cantidad representa la abundancia, el intervencionismo sobra; cuando esa cantidad está en las fronteras peligrosas de lo indispensable, el intervencionismo se hace imprescindible, y cuando roza las profundidades de la carencia, el intervencionismo pierde eficacia, pero frena la catástrofe y la detiene. El intervencionismo tiene muchas dificultades de carácter práctico, entre otras las de la escasez de personal especializado para una actividad técnica surgida bajo unas circunstancias que no son normales y sobre una realidad anormal e imprevisible, por ejemplo: la irritación que produce la continua inquisición de datos, los disturbios psicológicos y políticos que acarrea y lo propicio que es el nacimiento de rebeldías individuales y de alejamiento de las masas incómodas ante la forzosa lentitud de los trámites.

El gran drama del intervencionismo es tener que repartir la miseria.

Todo esto lo sabía el Gobierno, y sabía, con más experiencia que nadie, que el gran drama del intervencionismo en épocas de carencia está en tener que repartir la miseria; cuando se reparte la abundancia, el intervencionismo no constituye un problema, porque cuando la abundancia existe, ni siquiera es necesario.

Por otra parte, a la actitud insistente del pueblo se unió el natural optimismo del Gobierno, que participó de la esperanza nacional, aumentada por la solemne promesa de una ayuda exterior. Sumada esa ayuda a unas perspectivas favorables que ofrecía la cosecha de algunos productos básicos, se abría un margen de optimismo totalmente legítimo. Todos creyeron, y creyeron bien, que, juntas las coyunturas interior y la promesa de fuera, el Gobierno podía disponer por fin, e inmediatamente, de unas cantidades que le permitieran distribuir algo más que la miseria. A mayor abundamiento, al libertarse el primero de los artículos básicos, la patata, se observó el alivio de precios y la abundancia en el mercado. El pueblo acabó por convencerse totalmente de que el Gobierno no solamente había acertado, sino que se había retrasado varios años en tomar la medida de la libertad. Y el propio Gobierno, al comprobar los resultados iniciales, y animado por el éxito y por el pueblo, extendió el sistema, y pronto un alivio semejante se observó en otros artículos.

Una satisfacción unánime acogía una medida de liberación tras otra.

La guerra exterior elevó el nivel de la codicia, junto con los precios.

Pero de pronto, circunstancias adversas salieron al paso de nuestras esperanzas y las cortaron en seco. Eran, unas, de carácter moral, y otras, de carácter material. A lomos de la codicia insaciable de los mercaderes del hambre, que traspasaron todos los límites imaginables, la moral de los inmorales se fortalecía con las circunstancias adversas de carácter material: una sequía que constituyó una calamidad pública y las restricciones eléctricas consiguientes, que paralizaron los órganos más vitales de la economía nacional: su campo y su industria. A esto se añadió una situación inesperada: una guerra que, aunque lejana, empezaba a tirar de las fuentes de nutrición de todo el mundo. Cada vez que se crea en cualquier punto del planeta el problema de tener que abastecer a un ejército numeroso alejado de sus bases nacionales, sube instantáneamente la columna de la codicia y los precios se elevan automáticamente. La coyuntura de esa guerra sirvió de jinete apocalíptico sobre el cual cabalgó, desbocada y desenfrenada, la codicia. La ilusión de ganancias fabulosas hizo subir los precios, que no solamente se acercaron a los del antiguo mercado negro, sino que los rebasaron. Se ha llegado con ello al punto en que los fenómenos económicos son aprovechados por los profesionales del disturbio con fines políticos inconfesables. Se procedió con una perfidia tan inteligente como criminal. Se explotó el estado psicológico del pueblo, al que se le hizo creer que se hallaba en la normalidad. Y naturalmente, cuando uno se cree en la normalidad es exigente, y cuando uno se sabe dentro de un medio anormal es tolerante. En un hotel, uno no acepta la menor deficiencia. Pero si uno está bloqueado en la guerra o en un tren detenido por la nieve, recibimos cualquier mejora con verdadero regocijo.

La hábil perfidia del enemigo se dio cuenta de la delicada situación.

Mas no existía tal anomalía. Se trataba de un fenómeno engañoso, propio de quien lleva mucho tiempo caminando y cree que el punto de llegada está más cerca de lo que en realidad está. Este fenómeno de espejismo económico y político señala siempre uno de los momentos más delicados, y los agitadores lo saben bien. Cualquier cosa, la más leve, desencadena en esos momentos la hiperestesia de los pueblos; cualquier movimiento nervioso y cualquier desviación momentánea pue-

den cambiar radicalmente un eje de marcha. Como digo, esto lo saben muy bien los empresarios del disturbio. Saben que hay que actuar fulgurantemente. Si se gana, se triunfa. Si se pierde, se huye, y siempre queda el rastro de un choque nervioso en el organismo de una nación.

Los empresarios del disturbio, los nostálgicos de perdidas situaciones que sólo supieron detentar para ejercer el mal y para llevar al pueblo a la ruina y deshonrarle con el crimen, piafaban al otro lado de las fronteras como potros nerviosos, soñando con las apocalípticas galopadas que otra vez asolaran a la Patria.

La ilusión de una normalidad que no existía fué estimulada por los propios agitadores y sus estúpidos corifeos del interior. La hábil perfidia del enemigo se dio cuenta instantáneamente del momento. Sabía que una tensión heroica, como la del pueblo español, durante diez años de marcha casi castrense, dirigida por un Caudillo tenaz, de visión clara, que no se arredra ante los peligros, era el mayor obstáculo a su posibilidad de asalto. Sabía que lo mejor para aflojar una tensión heroica es dar la noticia prematura de la victoria. Este es un viejo ardid de guerra que siempre da buenos resultados. Porque es propio de la naturaleza humana lanzar el suspiro de alivio en el instante en que cesa el esfuerzo. Pero es terrible ese instante en que le dicen al que cree haber triunfado, y por tanto ha relajado la tensión de su esfuerzo, ¡que no es cierto, que aun ataca el enemigo, y que tiene que redoblar precisamente el esfuerzo sin pérdida de tiempo. Ese momento, bien aprovechado, fulgurantemente aprovechado, es la golosina del agitador. Si pierde un instante, tratándose de un pueblo fuerte, como el pueblo español, está perdido, porque el pueblo recupera rápidamente, aun después de una decepción, su capacidad para la lucha. Pero si llega el momento justo, en ese instante preciso en que la decepción y el cese de la tensión actúan juntos, puede obtener un éxito, aunque sea momentáneo. Si ese éxito deja huella o no, poco le importa. Ha agitado y le basta. Pero si sale bien la jugada, se instala en la fortaleza y se aprovecha de un éxito que no es suyo, sino de otro capitán: de aquel que tuvo a la tropa en tensión heroica en los momentos difíciles.

Los criminales nostálgicos ha querido arrastrarnos a la desesperación.

Y lo que trataron de hacer aquellos criminales nostálgicos con el pueblo español fué eso: querer lanzarse a esa tremenda desesperación del que cree haber ganado la orilla de la normalidad y ofrecerle, cuando está a punto de hundirse deso-

lado por la decepción, y cuando ya ha alojado sus músculos, la mano salvadora, el último remolque, sustituyendo la nave capitana de un combate noblemente, reciamente sostenido, por la nave pirata que pretende enarbolar la bandera de la victoria.

Eso fué. Y la victoria robada en los últimos instantes acaso les hubiera llegado sin la capacidad fabulosa de rehacerse que tiene el trabajador español. Si durante unos instantes se dejó engañar, o más bien, en su desilusión, se dejó desvanecer, sólo tardó unos instantes en reaccionar y en reempezar el camino. Comprendió que se trataba de otros y no él, otros capitanes y no los capitanes que le han conducido por un camino de dificultades con una arrogancia que ha sorprendido al mundo, iban a aprovecharse de su esfuerzo a la vista de unas cosechas que se anuncian como nunca, de unos embalses que garantizan ya en este momento el funcionamiento de las industrias sin restricciones hasta noviembre, de un restablecimiento de relaciones totales con el mundo, de unas importaciones, de unos tratados de comercio. Y sacudió sus músculos, y arrojando de su lado a los filibusteros que habían salido al camino de su ruta heroica, continúa por sí mismo dirigido por sus jefes naturales, reactivo y decidido en sus dos etapas finales. Acaso el enemigo en su cueva sonría pensando que alguna huella habrá dejado. Y puede que tuviera razón en soñar si se trataba de otro pueblo menos experimentado, menos fino, menos valiente que el pueblo español. (Aplausos.)

Nos faltan las últimas jornadas de nuestro duro y valiente peregrinar.

Porque, escuchadlo bien y decidlo, camaradas, a vuestros compañeros. En ese instante en que los nostálgicos de que os hablaba creían tener al alcance de su mano una victoria robada, por la que nada habrían sufrido, quisieron presentar ante sus amos al pueblo español no como ese pueblo que lleva quince años asombrando al mundo por su fortaleza y que en tantas ocasiones le ha asombrado por su genio, sino como si fuera un pueblo entregado y femenino, descompuesto y nervioso, justamente cuando le faltan las últimas jornadas de su dura y valiente peregrinación.

Y no faltó en esta sucia y cínica maniobra, de la que una vez más se quiso hacer víctima al pueblo más noble del planeta, quien contra su propia conveniencia, y embriagado de rencor político, trémulo de cobardía o desviado por un inmediatezismo estúpido, vacilara, gesticulara, se pusiera nervioso y acabara, como ocurrió en algunos ca-

sos, por desviar la voluntad sensata de los obreros del camino del trabajo y los empujara suicidamente hacia una actitud por la que no sentían el menor entusiasmo. (Aplausos.) Pero de todo triunfó el buen sentido de las masas.

El Gobierno, por su parte, despreció la petulancia de los provocadores y no respondió a ella con la dureza que tal vez esperaban. Además, estaba por medio el trabajador español, cuya dignidad y cuya honradez merecen el trato a que en todo momento le hacen acreedor sus excelsas virtudes. El Gobierno no podía hacer el juego a quienes, consciente o inconscientemente, intentaban arrastrar al proletariado a la creación de una situación de retroceso en sus conquistas. Yerra de medio a medio quien interprete esta actitud serena y de rigor político como debilidad. Por el contrario, esta actitud es una actitud de fortaleza, de seguridad y de autoridad, como lo es el hecho de que el Gobierno conozca sin inmutarse ni impresionarse la existencia de murmuraciones en ciertos medios a los que se deja el consuelo del chisme y la femenina actitud del comadreo, tanto para que se asombren un poco los que creen que en España no se puede hablar con libertad como para demostrar la absoluta esterilidad del cotilleo como sistema. (Muy bien.)

El Gobierno está dispuesto a que las mejoras económicas sean efectivas.

Os he entretenido, más de lo conveniente acaso, con las consideraciones precedentes, para que sepáis que el Gobierno está dispuesto a despejar la niebla que se cernía sobre las elevaciones económicas que habíamos alcanzado. Es posible que el ardoroso y apasionado temperamento español haya encontrado que las medidas iniciadas después de la experiencia que empezó con la libertad y acabó con el disturbio en el mercado y en los precios son medidas demasiado suaves. Quien conozcan como nosotros conocemos a nuestro pueblo, comprenderán que hay muchos españoles que no se conformarían ahora con menos de una horca en cada plaza de cada pueblo. (Aplausos.)

Estad seguros de que estos mismos españoles se apiadarían de la primera víctima y no dejarían de repetir las consideraciones plañideras de quienes intentarían, y esto es seguro, esgrimir el desamparo y el dolor de las familias afectadas por la ejemplaridad ni tampoco dejarían de especular con la crueldad del Gobierno. (Aplausos.)

La caballerosidad del pueblo junta con su pasión, la piedad junta con el rigor, son características de nuestra raza.

Pero el Gobierno tiene que operar legalmente, sin estridencias y sin debilidades, sin entregarse a la saña, pero sin entregarse al olvido. La experiencia pasada nos suministra datos suficientes para una conducta futura en que el imperio de la ley sea inexorable y la convivencia de los españoles no sea alterada con truculencias.

Una nivelación puramente material no es solución permanente.

El proceso de nivelación económica continúa. El Gobierno, ni lleva una venda en los ojos ni es un insensato.

Y mientras el pueblo, todo él, en todas sus facetas sociales y económicas, va tapando con su tenacidad y con su arrojo los huecos tremendos que dejó en sus arcas el robo criminal del oro ahorrado por diez generaciones, el Gobierno, también con tenacidad, va acudiendo al proceso de nivelación económica y cubriendo los baches para no detenerse en su marcha y para que todo el complejo mecanismo nacional prosiga su avance.

No cometeremos jamás el error de creer que una nivelación de base exclusivamente material basta para establecer un régimen de justicia social duradero. Si nosotros no fuéramos más que esto, no haríamos más que imitar a un enemigo que tan trágicamente empujó a nuestro pueblo hacia la desesperación. Porque es indudable que en el final de todo proceso revolucionario que sólo tienda a satisfacer de prisa y corriendo, como sea, a cualquier precio, el ansia primaria y hasta en el fondo justiciera de la nivelación material, se encuentra el caos. Y con el caos la caída irremediable del trabajador en una nueva esclavitud de la que sólo le salvará la muerte. Y al mismo tiempo que vamos ascendiendo en el proceso de la nivelación económica, tratamos de buscar un medio infalible de asegurar cada etapa y de entregáros una conquista que estéis preparados para conservar en toda su vigencia y para siempre.

Esta es la causa, camaradas, de que se haya iniciado otro proceso paralelo de nivelación, para cuya consecución habéis sido convocados. Un proceso de nivelación cultural, un proceso de nivelación de los conocimientos y de la educación. Y si la humanidad, acuciada por el ser físico, que carga con nuestro espíritu a través de este valle de lágrimas, ha peleado por el deber primario de nutrirse y nutrir a la prole, he aquí, camaradas, que sobre ese deber, o a la par que ese deber, que constituye un derecho inalienable del ser humano, surge otro derecho y surge otro deber, y éste, el deber corresponde a vosotros, los que estáis aquí, ejercerlo en toda plenitud.

La fortaleza económica de los Montepíos, ruta del destino nuevo.

Hablar de vuestros deberes, he aquí camaradas, que hemos llegado a la base principal de nuestra conversación. Vosotros, precisamente vosotros, camaradas obreros, y empresarios, y técnicos de las Asambleas nacionales, estáis situados en una plataforma financiera privilegiada. Por primera vez en la historia de los trabajadores españoles os encontráis en posesión de un tesoro. Vuestra fortaleza económica constituye por sí sola un alcazar inexpugnable. Desde la altura de vuestro poderío económico podéis contemplar la ruta de un destino nuevo. Y en esa ruta y en ese camino, camaradas, hay muchos goces inéditos para la clase operaria. El mayor goce, sin embargo, lo constituye la presencia de deberes cuyo cumplimiento hasta ahora estaba reservado a las clases privilegiadas que, por tener todos los lujos, tenían hasta el lujo de cumplir con deberes de superior jerarquía vedados para los hijos del pueblo, que sólo podían dar su sangre.

De esos deberes nuevos que se abren ante vosotros y que podéis contemplar desde la altura de vuestra fortaleza económica, vengo a hablaros en el lenguaje familiar y digno, que es propio de nosotros, y con cierta urgente viveza, que nace de nuestra convicción profunda de que esa ruta hay que emprenderla pronto, sin vacilaciones y sin escuchar las voces sensatas de los excesivamente prudentes, que jamás emprenden rutas elevadas. Nosotros vamos a emprender la nuestra con la ayuda de Dios, porque somos hijos de una estirpe de hombres acostumbrados a lanzarse a las tinieblas de la mar ignota para recalar en las playas de los descubrimientos sensacionales de nuevos mundos. Y un nuevo mundo se abre para nuestro espíritu, camaradas asambleístas, y a vosotros voy a encomendar el mensaje de partida.

La obligación primera es la de adquirir la capacidad necesaria.

Escuchad, pues; en el orden de las obligaciones que desde la altura de vuestra riqueza se os abren, existe una, previa a todas las demás. Sin ella, el resto se convierte en pura improvisación, en puro arbitrio, y puede conducir al ridículo, a la anarquía y, finalmente, a la catástrofe. Esa obligación primera es la obligación inexcusable que tenéis de capacitaros. ¿Capacitaros para vuestro oficio? No, camaradas. ¡De ninguna manera sólo para eso! Eso sería limitar el horizonte de vuestros derechos como hombres. Eso sería ponerle puertas al campo.

Eso es lo que os dirán en todos los tonos vuestros «protectores» capitalistas o «protecto-

res» koljosianos: que seáis muy buenos obreros, que os partáis el pecho... y nada más. (Aplausos.) Pero nosotros os decimos mucho más que eso, porque queremos aumentar vuestra responsabilidad, no solamente como obreros, sino como hombres.

Nosotros queremos vuestras obligaciones para aumentar con ellas vuestros goces y para dignificar vuestra condición. Y al contrario de la sociedad liberal, que al extender al pueblo el honor de defender a la Patria se olvidó de extender al pueblo los goces de su cultura, nosotros queremos que se repare esa injusticia, para que no continúe el sarcasmo de quien obtuvo el derecho de dar su sangre por la Patria no haya obtenido el derecho de penetrar hasta los últimos secretos de su civilización. (Aplausos.)

Hay que participar en el orgullo de levantar la economía del país.

Nosotros os decimos: Capacitaos, ¡sí! para vuestro oficio; descubrid cada día algo para aumentar la producción; no os privéis del goce de la perfección de la propia obra, porque es un goce espiritual de alta alquimia; participad en el orgullo de levantar la economía de un país que debió su grandeza y su espiritualidad en buena parte al brazo de sus trabajadores ¡Pero dad un paso más! Capacitaos para todo. Para mandar, para dirigir, para que vuestros hijos manden y dirijan, para que tengáis a vuestro alcance los bienes que una sociedad esclavista ha tenido siempre alejados de vosotros, como un trágico «al higuí» que no se alcanzaba jamás. (Aplausos.) He aquí, camaradas, la primera y urgente obligación. Vuestra inferioridad ha sido cuidadosamente cultivada por una sociedad brutal, y no os es imputible, porque jamás se os había permitido sacar la cabeza del pozo. Os querían dóciles instrumentos de su codicia unos y otros: los capitalistas, para que prosiguiera un privilegio a costa vuestra y de vuestra prole, y los marxistas, porque teniéndos ciegos, inermes, adormecidos por el tóxico de su doctrina, os tenían propicios para servir de pedestal a la ambición de una nueva clase que estaba surgiendo como clase dominante: la de los dirigentes políticos, cuya existencia se basaba en vuestra incapacidad.

Avanzar hacia la legítima meta del Poder político.

Y ha llegado el momento, según os anunciaba en la carta que os dirigí en diciembre de 1950, de dar el paso hacia adelante, de saltar desde la sombra hacia la luz, de hacerse ver en la sociedad de

nuestro tiempo y de avanzar resueltamente hacia la legítima meta del Poder por la única vía lícita, pacífica y segura. Daos cuenta del carácter estelar de este minuto, camaradas. Se parece a aquel instante en que el ya viejo capitán Pizarro, trazando con su espada una línea en la polvorienta y estéril tierra de la isla de Gallo, dijo a sus soldados, harapientos y flacos: «De esta línea hacia el Norte está el camino de vuelta. De esta línea hacia el Sur está el Perú, misterioso y prometedor. El que quiera que me siga.» Sólo le siguieron trece hombres. Pero fueron llamados por la Historia «los trece de la fama», y gracias a su decisión nació un imperio del que son hijas cuatro naciones de América. Con igual solemnidad nuestro Caudillo os dice: «Camaradas, seguid esta ruta si queréis. Detrás de ella está la docenada seguridad de una vida rutinaria y sin ilusiones. Delante está la promesa y el misterio de una vida llena de posibilidades para vuestros hijos y para los hijos de vuestros hijos y para la prole operaria española durante siglos.» (Aplausos.)

Con el oro de los Montepíos hay que romper las cadenas de la ignorancia.

Tenéis en vuestras manos un tesoro. Con facilidad, con una explicable facilidad, se os van los ojos detrás de inversiones brillantes, que os atraen de una manera natural, porque son muchos años de carencia, muchos años de provocación del dinero de los avarientos los que están a vuestras espaldas, y es en cierto modo lógico que queráis vuestras casas propias para vuestros Montepíos y hasta que soñéis, como es lícito que soñéis, con edificios suntuosos o con sanatorios propios y con mil bienes materiales más del mismo orden. Un Estado menos sincero, más cauto que el nuestro, os dejaría marchar ilimitadamente por este camino, porque la sociedad prefiere dárlo todo, hasta el dinero, con tal de no cederos el paso a la influencia. Pero nosotros, que nos dirigimos a hombres enteros y verdaderos, a hombres que entienden el alto lenguaje del espíritu y de la inteligencia con las palabras que sabemos que os gusta escuchar, porque riegan la parte más noble de vuestro ser, nosotros os decimos: ¡Capacitaos! Invertid vuestro dinero en capacitaros y en capacitar a vuestra prole. Romped con el oro de vuestras arcas el hierro de vuestras cadenas. Redimid a metálico vuestra esclavitud. Asaltad valientemente, decididamente, las posiciones que os habían sido vedadas. Abrid las puertas de la cultura al proletariado español. ¿Qué mejor inversión que aquella que va a daros la sublime renta de ver a vuestros hijos camino del triunfo y del Poder y del mando? Centrad toda vuestra preocupación en esto.

Llevad esta inquietud, camaradas, hasta el viejo que consume sus últimos años de actividad laboral en el taller y hasta el aprendiz que aun no se da cuenta del drama que le espera si no rompe los grilletes de la ignorancia. Llevadla a las fábricas, a las minas, hasta la última choza de España. Sed la punta avanzada de un movimiento verdaderamente revolucionario que ciegue de espanto a nuestros enemigos y que les haga, o sobrecogerse de pavor si son unos negreros vulgares, o bendecir a Dios si son unos verdaderos cristianos. (Aplausos.)

A un crecimiento biológico no se le puede oponer una bárbara ortopedia.

Hasta hoy, y porque las circunstancias creadas por una sociedad injusta así lo exigían, todos vuestros movimientos masivos terminaban en una convulsión destructora, o negativa, o sangrienta. Los restos de esa sociedad, aun aferrado a las posiciones de privilegio, sostienen todavía que lo único que vosotros aportáis como masa es el disturbio. Naturalmente, si a un movimiento biológico de crecimiento se le opone la ortopedia de una política bárbara, ocurre el disturbio; lo mismo en un organismo individual que en una masa trabajadora. Esa idea de que sólo servís o para trabajar como máquinas o para introducir el desorden, es una idea estúpida, que debe terminar y que terminará cuando el peso de las masas proletarias se siente en el país por un aumento de la dignificación del hombre, lograda por las masas mismas y sostenida por una mística. Camaradas, hay que ir a la conquista de la cultura por vosotros mismos y con vuestros medios propios que la revolución ha puesto en vuestras manos: con vuestro dinero, en suma. Los falsos profetas de antes, frente al hecho cínico del paso de los explotadores ante vosotros, os decían: «Vedles: mientras os salpican de barro con las ruedas de sus coches, donde llevan a sus amantes, vosotros dais vuestra sangre para mantener sus vicios.» Y la única reacción que se fraguaba en una mente estilizada por el hambre era la reacción del tiro. Era lo que querían los farisantes: suscitar emulaciones de este tipo. Nunca se les ocurrió brindaros la conquista del instrumental necesario para elevaros sobre el nivel vulgar del obrero e imponer respeto. Porque si hubierais tenido el equipo necesario para haceros respetar por vuestra preparación como hombres de nuestro tiempo, ni los explotadores os escupirían su insolencia ni sería posible esa insolencia, porque se hubiera establecido el reinado de la justicia bajo el cual las insolencias son imposibles.

Lo que el obrero quiere son los instrumentos lícitos para alcanzar el Poder.

Hay un «slogan» muy conocido de los oradores de mágicos. Un «slogan» que expresa una idea deliberadamente incompleta, pero que solía levantar tempestades de aplausos en los portadores de estómagos vacíos. Solía formularse diciendo, para entretener las hambres del proletariado, que el trabajador apetecía el Poder más que el pan. La idea, como os digo, es incompleta y salta un ciclo intermedio. Lo que el obrero quiere—aunque en su mundo de angustia no haya sabido decirlo con claridad—son los instrumentos lícitos de alcanzar el Poder; es decir, la cultura, idea más genérica que la del Poder y que engendra ésta. Sabe muy bien el demagogo, sobre todo el demagogo comunista, que es un maestro en la perversión de la inteligencia humana, que cuando se ofrece al proletariado solamente el Poder y hasta cuando se le da ese Poder, lo que ofrece es el fracaso y lo que da al proletariado es la ocasión de ejercer una actividad para la que carece de preparación, y que manosea torpemente hasta que llega el demagogo y se la escamotea de las manos pretextando la inexperiencia del trabajador para ejercer el Poder y entregándole de nuevo a una esclavitud mucho más afrentosa, más irremediable que aquella de que había fingido sacarle. El ejemplo de Rusia es bien patente. En menos de un cuarto de siglo, todos aquellos sueños de Poder se han convertido en la más terrible realidad de esclavitud. Jamás el hombre ha estado más encadenado después de haber soñado estar más libre. El Poder, sin la cultura que le engendra y le da vida y le hace duradero, es para el trabajador su propio verdugo.

Por esto, camaradas, nosotros no os damos la voz de asalto al Poder, porque eso sería entregaros, como hicieros vuestros verdugos de 1936, al fracaso y a la catástrofe. Pero si os decimos solemnemente, sabiendo lo que os decimos: ¡Asaltad la cultura! Y desde esta posición, conquistada legítimamente con vuestro dinero, con ese dinero que ahora tenéis en vuestras manos, ambicionad todo lo que es lícito ambicionar, todo lo que otro ser cualquiera ambicione. ¡El Poder también! pues no faltaba más. Ambicionar el Poder después de estar preparado para ejercerle es ambicionar muchos bienes de disfrute, todos los goces de la civilización, todas las satisfacciones de la influencia. Pero es ambicionar además, y sobre todo, aquello que hace falta al hombre para ser una criatura verdaderamente trascendental, una criatura superior; es ambicionar deberes, deberes cada día mayores para conquistar la satisfacción de saber cumplirlos.

El acceso a la cultura aumenta nuestro mundo de obligaciones hasta límites increíbles; pero aumenta también hasta esos mismos límites el límite de nuestras satisfacciones y se los devuelve al hombre en una medida que colma la parte más noble del ser humano y eleva su condición hasta alturas angélicas.

Una conquista lenta y segura, que no da pasos en falso.

Camaradas: Con la palanca de vuestras reservas saltad la cerradura del alcázar que durante siglos ha estado cerrado para vosotros. Tended un puente de plata sobre su foso, golpead con la catapulta de vuestro tesoro el esquivo muro que tantos siglos os ha ocultado el Poder. Capicitaos no para una conquista efímera, torbulenta e inquietante del Poder mediante la subversión, sino para una conquista lenta y segura en la que no se den pasos atrás y en la que no se den saltos en el vacío.

Adquirid ante todo el armamento intelectual, la dotación cultural, el parque moral necesario, de modo que el Poder que conquistéis lícitamente no tengáis que devolverlo manchado, envilecido y moribundo a las manos de los demagogos, que acabarían por esclavizaros nuevamente y de una manera irremedible. Os invito a que penséis que vuestro dinero ni es sórdido dinero, dinero estático del avaro, sino el alegre y dinámico; dinero hijo de la tensión del trabajo, y es, por lo tanto, un dinero social, humano y ágil, al que no se le puede dar el único destino de ser sencillamente más ricos, porque nos exponemos a ser un día otra vez definitivamente pobres.

Grandes centros de capacitación: supresión de la ignorancia.

Os invito a invertir los excedentes de vuestras reservas matemáticas, y me atrevería a deciros que parte de esas reservas también, en levantar en los ámbitos de España grandes centros de capacitación y de cultura para vuestros hijos y hasta todavía para vosotros mismos, puesto que muchos sois jóvenes y estáis a tiempo de escalar cimas que os parecerían de otro modo inaccesibles. Esos centros, ya os lo he dicho, no pueden ser solamente centros de perfección profesional, porque entonces no haríamos otra cosa que fabricar mejores trabajadores. Y es preciso lanzar mejores hombres de arriba abajo, hombres enteros, armados con todo el armamento de nuestro tiempo, listos para participar en cualquier acontecer de la Historia, tallados en todas sus caras, capaces de todos los goces del espíritu y capaces de conservarlos y acrecentarlos para los demás. Hombres que jamás sean capaces de destrucción.

Abrid de par en par con vuestro dinero las mazmorras de la ignorancia secular en que os ha tenido sumidos una sociedad egoísta y bárbara. Abridlas, y que entre en vuestras almas el sol que hace crecer las plantas y calienta la aridez de la tierra. Acabad para siempre con esa idea caricaturesca y humillante del obrero harapiento y desesperado al que sólo puede hablársele del rancho obtenido a fuerza de sufrimiento y de fatiga. Que no se os hable solamente de hospitales, y de vejez, y de enfermedades, y de orfandades, y de viudedades. Superemos arrogantemente el ciclo inevitable de las dificultades, sin olvidarlas, pero sin hacer de ellas la única meta de nuestra existencia. (Aplausos.)

Junto a las conquistas, un nuevo deber.

Coservemos hasta el fin de nuestros días, camaradas, y leguemos a nuestra prole el brillo de nuestra mirada, las ilusiones y las apetencias de un espíritu cultivado, de un espíritu abierto a todas las excitaciones nobles y elevadas. Ha llegado el momento de que rasguéis para siempre la imagen, que inspira piedad, del obrero doblado por la ignorancia, entregado a un fatalismo inerme, del que sólo se puede esperar la desesperación, la turbulencia, el crimen y, finalmente, la propia muerte. Abríos caminos, porque podéis, por la iluminada calzada que conduce a lugares hasta ahora inaccesibles, y que solamente adivinabais a través de vuestra fantasía muchas veces deformada por los sueños inquietantes de vuestra esclavitud. En esa calzada, a cuyo final se halla el Poder, hay muchas novedades para vosotros. Pero con cada novedad encontraréis también un deber nuevo. Y ningún goce semejante al goce de dominarlos. Vosotros, que sabéis cuál es el goce de carácter espiritual que se experimenta el primer día que os sale de vuestra mano el primer trabajo completo, podéis tener por este goce un anticipo del que os está reservado cuando, gracias a vuestra capacitación, seáis capaces de ofrecer a vosotros mismos una meta conseguida difícilmente y podáis ofrecerla a vuestros semejantes, vuestros hermanos, «a todos los próximos a vosotros». Vuestra propia personalidad crecerá ante vosotros mismos y vuestra satisfacción os dará la medida de vuestro triunfo. Vuestro espíritu, vuestra inteligencia, son una primera materia excelente. Pertenecéis a un linaje humano que, como os decía antes, ha dictado muchas veces su mensaje al mundo.

Os falta lo que les falta a nuestros campos; fertilizantes y utillaje. Os sobran calidades esenciales. Sois españoles y poseéis, por tanto, el legado inalienable y constantemente renovado, un

mundo de reacciones y de excitaciones, un mundo de inspiraciones que os tienen en perpetua posibilidad de eclosión, y sería una torpeza irreparable que ahora, que tenéis en vuestras manos la posibilidad de fortalecer vuestro espíritu, renunciárais a ello por timidez, por exceso de prudencia o por escuchar las voces excesivamente sesudas «que silencio avisan y amenazan miedo», como el tirano a quien se dirigía Quevedo con su famoso apóstrofe.

Nuestros enemigos sembrarán la duda y la vacilación

Sabemos lo que nuestros enemigos van a decir. Sabemos ya casi lo que dicen desde que fué formulada en Sevilla la tesis que he venido a exponeros. Sabemos que sembrarán o tratarán de sembrar en vosotros la duda, la vacilación, el miedo a comprometer vuestras reservas en una obra que llamarán «de locos», ¡cómo no!, ellos, siempre tan cuerdos, que os han dejado pudrirlos en la ignorancia y que para que no salierais de ella, para que jamás tuvierais a vuestro alcance los medios de superación y de triunfo que tienen sus hijos, serían capaces de darlo todo, ¡hasta dinero! Sabemos que os dirán que lo que pretendemos con esto es apartar vuestra atención de los problemas diarios que os afligen. ¡Ojalá fuera verdad! Ojalá, camaradas, esta idea penetrara en vuestra alma tan torrencialmente, inundara vuestra inteligencia tan caudalosamente, hiriera vuestro corazón tan certeramente, que fuera capaz por su luminosidad, por su fuerza, por su vitalidad, de lanzaros por la parábola celeste de una ilusión y os hiciera olvidar vuestras angustias presentes al mostraros vuestros goces futuros y los goces de vuestros hijos. (Una voz: Y así será. Aplausos.)

No hay abandono de las necesidades materiales.

Pero les damos el suficiente margen de beligerancia a esos enemigos, a quienes nunca despreciaremos porque sabemos cuánto en su poderío, como para esperar que no interpreten esas palabras como abandono de la obligación permanente, siempre inmediata, siempre urgente, de remediar las necesidades materiales en la medida en que nuestra azotada economía permite. Pero el cumplimiento de esa obligación, por el cual hemos sido difamados, no nos apartará ya ni un instante de la obsesión de que quede grabada en vuestra mente la urgencia y la ocasión de capacitaros con vuestro propio tesoro colectivo para el acceso a todas las posiciones sociales por altas que os parezcan. Y para que no se vuelvan a perder los in-

genios como se pierde el agua de los ríos en el mar; y para que no se masque su tragedia el hombre inteligente en la oscuridad de un taller o de una mina mientras se agota un cerebro privilegiado y acaso nacen en él, por natural y justa reacción, ideas de venganza y de destrucción.

Alzad, camaradas, en los cuatro puntos cardinales de España enormes ciudades universitarias laborales para vuestros camaradas jóvenes, y declarad valerosamente, como hombres de nuestro tiempo, que constituyereis una meta muy menguada luchar permanentemente por el rancho y sólo por el rancho. Y que cuando esa meta se hace permanente el hombre se achica, se asquea de sí mismo, se deja rodar por todas las pendientes y aleja cada día más de su frente la luz que alumbraba las ideas levantadas y justas y que han de alzar al trabajador de su condición de esclavo permanente.

Las Universidades Laborales, fortalezcas de la emancipación.

Amasad con vuestro esfuerzo los muros de vuestras fortalezcas y distribuidlas por el ámbito de la Patria para que jamás os sorprenda de nuevo el invasor traicionero. Cada una de esas fortalezcas será una avanzada sobre el futuro. Y este es el solo camino de vuestra emancipación, camaradas. No hay otro. Solamente él conduce a la liberación total, a la justicia posible en la tierra. Oíd con atención la voz que os llama desde el fondo de la Historia y no cerréis los oídos a la canción de esperanza que suena en vuestro presente. De vosotros depende el convertirla en un coro inmenso que atruene a la Patria y la despierte en un amanecer de gloria. Desviad el torrente financiero de vuestros Montepíos, que ha de regar, y fructificar, y suavizar la enorme, la trágica, la secular aridez de vuestras vidas torturadas.

Y a quienes os digan que esto pone en peligro vuestras reservas y que las expone a sabe Dios cuántos riesgos, y que amenaza las pensiones de vuestros viejos, decidles, en primer lugar, y si son capaces de ello, que os demuestren matemáticamente que esto es cierto. Y hasta después de que os lo hayan demostrado, decidles, primeramente, que no creáis en esa demostración, y aunque creyerais en ella, decidle finalmente que hay otra matemática, la matemática del espíritu, la contabilidad de las ideas, el balance de la cultura, que os demuestran que una peseta empleada en el mejoramiento intelectual, espiritual y cultural de un hombre, es un doblón de oro puesto a interés usurario en la banca de la Historia. (Aplausos.)

Hemos de esperar ataques de felina dialéctica.

Esto, mejor que nosotros, lo saben nuestros enemigos, vuestros enemigos, y por eso redoblarán contra vosotros, contra vuestra ambición, toda suerte de ataques y de avisos. Estad prevenidos y devolvedle en entusiasmo y en ciega decisión de triunfar toda su felina dialéctica, que va encaminada, yo os lo aseguro, a cortaros el camino hacia ese mundo nuevo que se abre ante vuestros ojos y que hasta ahora ha sido patrimonio de una sola clase de hombres privilegiados por su nacimiento o por su fortuna. Y también por el genio, no lo niego, porque ha habido muchos individuos que con su solo genio han roto los muros del alcázar del Poder y de la influencia, porque no sabemos de cierto cuánto es el caudal de rencor y de venganza atesorado por las clases débiles económicamente a causa del egoísmo de los fuertes, que cerraban el jardín de sus deleites al acceso del pueblo. (Aplausos.)

De otro peligro os quiero avisar, y éste viene de nosotros mismos, y es fácil de cortar a condición de que nos impongamos una gran disciplina. Ese peligro consiste en la improvisación. Debemos tener la suficiente humildad para declarar que la idea es lo bastante ambiciosa como para que no nos hagamos la ilusión de que podemos realizarla sin tomar consejo. Un mínimo de técnica es necesario para todas las tareas. La que se necesita para ésta es mucha, e iremos a buscarla a donde la encontremos. Cualquier intento de separatismo gremial, cualquier intento de que cada Montepío se monte su tinglado particular con arreglo a concepciones originales y probablemente pintorescas y equivocadas, con la mejor buena fe, pueden conducirnos a una tremenda catástrofe y dar la razón, ya cuando el error sea irremediable, a nuestros enemigos. Sería imposible dar marcha atrás y haríamos imposible cualquier labor semejante para los que vinieran detrás de nosotros. Tenemos que darnos cuenta primeramente de que lo que queremos no es hacer escuelitas profesionales ni que el Montepío de Hostelería haga buenos gerentes de almacén, o el de Artes Gráficas buenos impresores, o el de Dependencia Mercantil buenos dependientes. Os he dicho que lo que queremos es hacer hombres, porque al hacerlos también hacemos trabajadores más perfectos. Cuando hablamos de Universidades Laborales, damos al concepto toda la extensión que tiene. Universidad es como universalidad. Los hombres que vamos a preparar serán hombres integrados en nuestro actual universo, en nuestro mundo, en suma.

Formemos paralelamente al hombre y al trabajador.

Tomaremos al muchacho en nuestra mano y paralelamente iremos formando en él al trabajador y al hombre. Iremos abriéndole día por día nuevas ventanas a nuevos horizontes hasta dotarle de todo el panorama de nuestro tiempo bajo su vista. Espiritualmente tallaremos en su alma conceptos morales, empezando por aquellos conceptos de orden natural que los españoles amamos y que todos los hombres de nuestro tiempo deben amar: concepto de honor, de verdad, de patriotismo, de obediencia, de valor, de amor a los padres de defensa de la mujer y del débil, de amor al trabajo, a la infancia, a la belleza. En suma, amor a Dios, de quien venimos y a quien vamos. Y en el orden profesional formaremos los mejores técnicos, estimularemos en ellos la investigación, los tendremos en constante tensión para provocar entre los muchachos el estallido del genio allí donde se encuentre, de modo que no se nos pierda uno solo y podamos sacarlos del medio vulgar para transportarlos al más alto clima intelectual, donde pueden dar para la Patria los mejores frutos y para sí mismos las más altas satisfacciones.

Sólo así, camaradas, garantizaremos la justicia y garantizaremos la permanencia de la revolución. Porque toda revolución es estéril si el hombre que ha de aprovecharla no está capacitado para conservarla. De nada serviría un esfuerzo solamente de la clase dirigente o del genio extraído del clima de nuestras Universidades Laborales. Necesitamos para conservar sus frutos de un proletariado con formación total, con formación humana, o si queréis humanística, en el sentido en que os hablaba al principio. De otro modo, la obra de la clase dirigente, aunque ésta saliera solamente de nuestras Universidades Laborales, se vería neutralizada. De nada serviría repoblar nuestros bosques si lo destruía en su infancia la mano de la incultura. De nada servirían los canales que surcaran nuestras tierras yermas si los cegaba la incuria o el empleo torpe.

Hay que marchar codo a codo con el Sindicato.

Pero esto, camaradas, se remedia, además, estando codo a codo hermanados con el Sindicato. El Sindicato es el hijo más directo de la experiencia, que nace del fracaso de las fórmulas capitalistas. Por eso en él está alojada la más fina sensibilidad para entender ideas tan ambiciosas como la que da lugar al análisis que venimos realizando. El Sindicato entiende además, precisamente por ser un evadido de la doctrina de las grandes ma-

sas, que no se puede dar un salto atrás y entregar a la iniciativa individual el alumbramiento espontáneo del genio, el triunfo de los talentos.

Hay que equilibrar la idea sindicalista con esta idea, y esto no solamente es posible, sino que es fácil y está hecho. Porque el Sindicato entiende que el individuo es un valor por sí solo en un mundo por sí solo, y ésta es la doctrina ortodoxa. Pero como al mismo tiempo no puede ignorar la tremenda, la buena o mala realidad, pero realidad del maquinismo y del trabajo en serie, tiende a aceptar esa realidad para romper en ella cualquier aparato, cualquier sistema que tienda a la estandarización del hombre, al monstruoso «robbot».

La idea es viable y prácticamente posible.

La fuerza sindical que hay en nuestros Montepíos garantiza que aquella idea es viable y es prácticamente posible inmediatamente. Vamos a ello, camaradas. Vamos a ello y yo os pido que meditéis en lo que os he dicho. Hablad y discutid. Volved a vuestros pueblos, allí donde se forja el proletariado español bajo todos los climas, bajo

todas las diversidades de la indestructible unidad española. Pensad que no os brindamos escuelas de artes y oficios, ni escuelas profesionales, sino Universidades; cuna de hombres dotados para todos los avatares, incluso para el del puro y simple trabajo, pero también para todos los goces y para la cooperación entusiasta, vital, aguerrida, resuelta, en la batalla por la Patria, el Pan y la Justicia.

Camaradas: levantemos nuestro espíritu, levantemos nuestros ojos de la senda diaria que pisamos. Ambicionémoslo todo que todo lo podemos ambicionar, alcemos la frente hacia esta empresa colosal, que asegurará para vosotros y para vuestra prole todos los derechos de cualquier hombre y todos los deberes de cualquier gobernante.

En las tumbas de que está sembrada la Patria, los que buscaron la justicia social por el camino de la muerte se estremecerán de gozo. Camaradas: por la libertad integral del trabajador, por la liberación de las inteligencias esclavizadas por la ignorancia, por el goce de los espíritus que hasta ahora sólo conocen el dolor, con Franco, nuestro Capitán. ¡Arriba España!

